

JOSÉ LUIS CORRAL



LOS  
AVSTRIAS

**EL DUEÑO DEL MUNDO**

AMBICIÓN, SEXO, PODER:  
LA GRAN SAGA SOBRE LA FORJA DE UN IMPERIO

En 1539, abatido por la muerte de su esposa Isabel, el emperador Carlos de Austria se encierra en un convento y se aísla del mundo. Sus enemigos, sin embargo, no descansan y amenazan sus dominios: la ciudad de Gante se rebela, los turcos avanzan hacia Europa, los protestantes cuestionan su autoridad y Francia y el papa le son hostiles. Carlos reacciona y, con los tercios viejos como fuerza de choque, consigue rutilantes victorias que lo encumbran como dueño de medio mundo.

El emperador se enamora de una joven alemana que le dará un hijo, cuya paternidad guardará en secreto. Su desordenada vida lo arrastra a la decadencia física y a la derrota, que lo obligarán a abdicar en medio de una soterrada lucha por el poder e intrigas por la sucesión.

Viejo, cansado y enfermo, Carlos de Austria se retira al monasterio de Yuste, donde vivirá sus últimos años sumido en la melancolía y los recuerdos.

1  
—

## MELANCOLÍA

*Toledo, mediados de junio de 1539*

—Debemos informar al emperador de los graves sucesos que están aconteciendo en Gante —le dijo el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo y primado de España, al secretario de Estado Francisco de los Cobos.

—Tenéis razón, cardenal, es tiempo de que su majestad vuelva a preocuparse de los asuntos de gobierno.

—La muerte de la emperatriz lo ha sumido en una profunda depresión, pero el Imperio y España necesitan a su soberano. Es hora de que abandone ese estado de melancolía en el que se ha sumido o perderá todos sus dominios.

Los dos principales consejeros de Carlos de Austria acababan de enterarse por un mensajero enviado por María de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, de que la ciudad de Gante, la que vio nacer al emperador, se había rebelado.

—¿La situación es tan grave como dice doña María? —preguntó el cardenal Tavera.

—Parece que sí. La hermana de su majestad es una mujer extraordinaria y con grandes capacidades, como ha demostrado en su acción de gobierno, pero este asunto requiere de la intervención directa del emperador.

—¿Qué ha pasado?

—Hace tiempo que los mercaderes de Gante andan molestos porque dicen que pagan demasiados impuestos. Se han quejado en varias ocasiones ante doña María de la extorsión a la que, según ellos, están siendo sometidos. Dicen que con su dinero se sostiene la guerra que don Fernando, el hermano del emperador, está librando en las fronteras de Hungría contra los turcos y se han negado a seguir pagando —comentó De los Cobos.

—¿Eso es cierto?

—Estimado cardenal, el Imperio necesita dinero, mucho dinero, para mantener las fronteras y defender a la cristiandad, y alguien tiene que pagarlo. Doña María adora a su hermano y solo desea lo mejor para don Carlos. Por ello se ha encargado de recaudar cuanto dinero ha podido en las ciudades de Flandes. Y todo cuanto atesoraba lo enviaba para esos fines. Pero se olvidó de pagar a los soldados destacados en esa región, que la han acusado de quedarse con parte de esos tributos.

—Por lo que decís, la situación es grave.

—Muy grave, cardenal, muy grave. Los ciudadanos de Gante han denunciado que no se respetan sus privilegios y se han alzado en armas. ¿Recordáis la sublevación de los comuneros de Castilla y de los agermanados de Valencia? Pues este caso de los mercaderes de Gante puede ser incluso peor, y acontece todo esto en un momento muy delicado, con los turcos ganando posiciones en el Mediterráneo, amenazando de nuevo las fronteras orientales del Imperio y con todos esos codiciosos conquistadores matándose entre ellos en sangrientas disputas por adueñarse de las riquezas y el poder del Nuevo Mundo.

—Debemos convencer al emperador para que salga de su ensimismamiento y retorne a gobernar el Imperio.

—Tenemos que hacerlo, sí, y sin demora —asentó De los Cobos.

—¿Creéis que podremos convencerlo?

—Lo que ha ocurrido en Gante no se puede tolerar. Los rebeldes han tomado el poder en la ciudad, han liberado a los cabecillas de la revuelta que doña María había encarcelado, han expulsado a los consejeros y justicias del emperador, han derribado sus casas, han nombrado capitanes propios para su milicia y han acabado con todo signo de autoridad. Además, están procurando que su rebelión se extienda a otras ciudades de Flandes y han escrito al rey de Francia prometiéndole que le entregarán la ciudad y todo Flandes si apoya su revuelta.

—¡Eso es alta traición! —exclamó el cardenal Tavera.

—Sí, lo es. Pero el rey Francisco anda ahora en paz con el emperador y no desea romper, por el momento, esta situación, de manera que ha rechazado la oferta de los de Gante.

—¿Os han informado nuestros espías en París del contenido de esas cartas?

—No. Lo ha hecho el propio rey de Francia. Ayer llegó una misiva suya en la que relata el ofrecimiento de los de Gante y su respuesta negándose a secundar esa traición.

—Nunca entenderé a ese taimado monarca francés. Es capaz de aliarse con los turcos y a la vez de avisarnos de que se está tramando una traición contra el emperador.

—Don Francisco —continuó De los Cobos— dice en su carta que han sido unos pocos los que han logrado engañar a la mayoría de los ciudadanos de Gante y que, con mentiras y embustes, han arrastrado tras ellos a la mayoría del pueblo.

—Supongo que es la forma de evitar que cargue toda la ciudad con la culpa, sino solo los cabecillas de la rebelión.

—En cualquier caso, su majestad debe conocer lo ocurrido y decidir qué hacer. Si os parece, enviaremos un mensajero a don Carlos con la carta de su hermano y con un memorial que detalle lo ocurrido en Gante. Tal vez así reaccione, abandone su aislamiento y retome las riendas del Gobierno.

—De acuerdo, don Francisco, así lo haremos.

*Monasterio de Santa María de Sisle, cerca de Toledo, mediados de junio de 1539*

El emperador, con los ojos enrojecidos, miró a través de la ventana. La campiña de Toledo se extendía hasta el horizonte azul salpicada de árboles, como aisladas lágrimas verdes.

Encima de la mesa de su celda había dejado su desayuno sin tocar.

Abrió una cajita forrada de terciopelo rojo y extrajo una cruz de su interior. Era la que había sostenido en sus manos la emperatriz Isabel en el momento de su muerte, en la que estaba depositado su último beso. Carlos posó sus labios sobre el crucifijo y volvió a introducirlo en la cajita. Juró que no se separaría de aquella cruz.

«Nunca habrá otra como Isabel, nunca», pensó Carlos. De nuevo musitó las mismas palabras de la noche anterior, cuando vio el cometa brillar en el cielo oscuro sobre el monasterio de San Jerónimo.

Había perdido a su esposa, a la madre de sus dos hijos legítimos, a su mejor compañera, a la mujer que había sostenido con acierto durante sus largas ausencias el gobierno de los reinos de España.

—Majestad...

Una voz respetuosa se oyó a su espalda. Era su confesor, la única persona que lo había acompañado a su retiro en el monasterio tras la muerte de la emperatriz.

—Decidme —musitó el emperador, sin apenas ganas de articular palabras y sin volver la mirada.

—Como habéis ordenado, ya está todo listo para que el cuerpo de doña Isabel, que Dios acoja en su seno, sea trasladado a Granada, donde recibirá cristiana sepultura.

—Granada...

—Mi señor...

—En mis treinta y nueve años de vida, solo he sido plenamente feliz aquellos meses en Granada.

—Pero nunca volvisteis a esa ciudad —alegó el confesor.

—No, no lo he hecho. Solo regresaré allí cuando Dios me llame a su lado para que mi cuerpo yazca para siempre al lado del de Isabel. Será mi hijo don Felipe quien encabece la comitiva que traslade el féretro con los restos de mi esposa la emperatriz a Granada, tras el solemne funeral en la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo.

—Nuestra Santa Madre la Iglesia nos enseña que resucitaremos en cuerpo y alma. Nuestra amada señora la emperatriz murió en gracia de Dios y vuestra majestad es su más fiel servidor, de modo que ambos gozaréis juntos de la vida eterna en el paraíso —dijo el confesor.

—Nunca volveré a casarme, nunca. —Carlos mantenía sus ojos fijos en el horizonte—. No habrá jamás ninguna mujer como Isabel. Ninguna.

—Eso os dejará más tiempo para gobernar el Imperio, mi señor.

—¿Gobernar el Imperio...? No tengo ninguna gana de volver a ocuparme de las cosas de este mundo.

Carlos aspiró un bocanada de aire con toda la fuerza de sus pulmones.

Unos golpes sonaron en la puerta de la sala y tras unos instantes sin respuesta alguien la abrió desde fuera.

—Señor, traigo un mensaje urgente para vuestra majestad —anunció un caballero con el rostro sofocado por las prisas.

—Dije que no se me molestara salvo por casos de extrema gravedad... —comentó Carlos sin dejar de mirar por la ventana.

—Este lo es, mi señor.

Carlos se volvió entonces hacia la puerta y fijó sus ojos en el mensajero, que portaba una carta en su mano.

—¿Qué es ese asunto tan grave? —le preguntó.

—Esta carta es de vuestra tía doña Margarita. La ha traído un correo desde Bruselas reventando caballos por el camino. La ciudad de Gante se ha rebelado.

Al escuchar que los ciudadanos de la localidad donde había nacido se habían sublevado, Carlos apretó los puños.

—¿Qué ha ocurrido?

—La ciudad de Gante no reconoce la autoridad de vuestra tía como gobernadora de los Países Bajos y sus súbditos se han negado a pagar los impuestos que les corresponden.

—Dame esa carta.

El mensajero se la entregó al emperador, que la leyó junto a la ventana.

—¡Aplastaré a esos desagradecidos! ¡Aplastaré Gante! —sentenció—. Llama a un secretario, voy a dictarle una carta.

Carlos le anunció a doña Margarita que saldría en cuanto le fuera posible hacia Gante, a la vez que le pedía que le enviara un retrato de su esposa fallecida, pues, ante su falta, al menos podría confortarse contemplando su rostro en una pintura.

### *Valladolid, fines de junio de 1539*

Pablo Losantos, médico real, acudió a su casa corriendo a través de las calles de Valladolid, con cuidado de no ser alcanzado por las porquerías que algunos de los que hacían sus necesidades en orinales en lo alto de las casas solían arrojar por las ventanas al grito de «¡Agua va!».

Cuando se presentó ante su cama, su esposa ya estaba muerta. Leonor de Urrea, hija de una familia de infanzones aragoneses, había sufrido un ataque al corazón. Avisado de ello por su hija, Pablo llegó demasiado tarde.



Habían estado casados veintisiete años y habían tenido cuatro hijos. Alonso, el primogénito, murió a los dos meses de nacer, y Beatriz, la menor, a los dos años. Luis, que tenía dieciocho años, estaba estudiando en Salamanca, e Isabel, de diecinueve, seguía con su padre, dedicada a preparar las medicinas que este utilizaba como le había enseñado su tía María Losantos, que también vivía en la casa familiar de Valladolid.

—Cayó fulminada mientras estaba preparando la comida con nosotras. Traté de reanimarla, pero su corazón había dejado de latir. Le dije a Isabel que corriera a buscarte. Lo siento, hermano, lo siento. —María Losantos lloraba desconsolada ante el cadáver de su cuñada.

—¡Madre, madre! —gemía Isabel Losantos, angustiada por el trágico acontecimiento que acababa de suceder.

Pablo estaba conmocionado. Una y otra vez, a cada instante, tomaba la muñeca de su esposa para buscar su pulso y colocaba su oreja sobre el pecho para escuchar si latía el corazón de Leonor, pero no sentía nada.

Por fin, tras más de dos horas sin apenas moverse, Pablo se incorporó.

—Está muerta..., muerta... —musitó apenado, consciente de que Leonor de Urrea nunca volvería a abrir los ojos—. Iré a buscar al párroco.

Los Losantos descendían de una familia de judíos de Toledo; dedicados a la medicina y a la fábrica de armas, habían decidido convertirse al cristianismo y bautizarse cuando los Reyes Católicos instauraron la Inquisición en las Coronas de Castilla y de Aragón.

Pablo Losantos había sido bautizado al nacer y no estaba circuncidado. Era hijo de Pedro y de Juana de la Cruz, los dos conversos. Pedro Losantos había sido médico de los hijos de los Reyes Católicos y había asistido a la reina Isabel en los últimos meses de su vida. Luego pasó al servicio del rey Fernando y lo acompañó en sus últimos meses de vida, cuando el abuso de consumo de cantaridina, un

polvo elaborado con el caparazón de un escarabajo llamado «la mosca verde», le provocó toda una serie de disfunciones que lo llevaron a la muerte.

Pablo había estudiado medicina en la prestigiosa escuela de Salerno, en el reino de Nápoles, la única de toda la cristiandad donde se practicaban los eficaces remedios de la medicina oriental de los mejores médicos musulmanes. Había sido ayudante de su padre y, tras la muerte de este en el año 1522, fue nombrado médico de la corte. Gracias a sus conocimientos, y a pesar de las reticencias por el origen judío de su linaje, Pablo fue nombrado médico de la corte del emperador Carlos.

A sus cincuenta y cinco años era uno de los médicos más prestigiosos y muy querido en Valladolid porque, a pesar de su categoría como médico del emperador, no dudaba en ayudar a los necesitados de sus servicios, incluso asistía a aquellos pobres que no podían pagar sus tratamientos ni siquiera con las limosnas que mendigaban a las puertas de las iglesias.

—El entierro será en el templo del Salvador. Tu madre era devota, pues la catedral de Zaragoza, la ciudad donde nació, tiene esa misma advocación. El párroco me ha asegurado que procurará que la sepultura esté lo más próxima que sea posible al altar mayor.

Pablo acababa de regresar de hablar con el párroco de esa iglesia, que le había prometido esa preferente ubicación para la tumba de su esposa a cambio de diez doblas de oro.

—¿Vendrá Luis al entierro? —preguntó Isabel, que echaba de menos a su hermano.

—No le dará tiempo a llegar. Si se apura mucho, hay tres días de camino; dos si se cabalga toda la jornada a lomos de un buen caballo. Le acabo de enviar una carta con un correo real que sale cada dos días. No podrá estar aquí antes de una semana —dijo Pablo.

Así fue. Luis Losantos recibió la carta de su padre con la notificación del fallecimiento de su progenitora cuando los restos de Leonor de Urrea ya estaban enterrados en el suelo de la iglesia del Salvador, en el lado de la epístola, bajo el arco que daba acceso a la capilla de San Juan Bautista, mandada edificar como panteón familiar por Gonzalo González de Illescas, quien fuera alto oficial de los Reyes Católicos.

Pese a saber que ya no llegaría a asistir al entierro de su madre, Luis Losantos se presentó en Valladolid, pues quería estar unos días con su familia en aquellos momentos de duelo.

La casa estaba en silencio. Solo se escuchaba el borboteo de un guiso que se cocía lentamente en un puchero al fuego de la chimenea del hogar.

Sobre la mesa de la cocina María e Isabel Losantos seleccionaban unas hierbas con las que preparar infusiones y remedios para ciertos males, mientras a la luz de una ventana y con la ayuda de una lente, pues los ojos de Pablo Losantos comenzaban a perder claridad, el médico leía una copia manuscrita de unos apuntes de anatomía de un joven médico llamado Andrés Vesalio, que la cancillería imperial le había enviado para que lo revisara y ofreciera su opinión.

Natural de Bruselas e hijo de un boticario de esa ciudad, Vesalio había estudiado en Bruselas, Lovaina y París, y hacía dos años había impartido en la Escuela de Medicina de la Universidad de Padua una lección de anatomía sobre la disección de un cadáver. Aquella clase causó tal impresión que le concedieron una cátedra de anatomía y cirugía, a la vez que le solicitaron que escribiera un libro, que el Senado de la República de Venecia se comprometía a editar con profusión de ilustraciones.

Dos golpes rompieron el silencio en la casa.

—Padre, hermana, soy yo, Luis —se identificó una voz al otro lado de la puerta.

Isabel la abrió y se echó en brazos de su hermano.

Al punto salieron su tía María y su padre, que también lo abrazaron.

—Hijo, no tenías por qué haber venido. Tu madre ya reposa en su tumba.

—Hace tan solo cuatro días acabé mi último examen de este curso, pero quería estar cuanto antes a vuestro lado. ¿Cómo ocurrió?

—Pasa, hijo, y come algo; estarás hambriento por el viaje desde Salamanca.

María le sirvió a su sobrino un buen plato del guiso de carnero con nabos y cebollas.

—Fue un ataque al corazón. Fulminante. No sufrió dolor alguno —se limitó a explicar Pablo a su hijo, quien rechazó un segundo plato que le ofreció su tía.

—Quiero rezar ante su tumba —dijo Luis.

—Iremos mañana temprano, cuando abran las puertas de la iglesia del Salvador.

Luis pasó unos días con su familia en Valladolid. Pretendía contarle a su padre que deseaba dejar la Universidad de Salamanca para continuar sus estudios en la de París, pero no quería interrumpir el duelo y lo dejó hasta que transcurrieron un par de semanas. Por fin, se decidió a hablar.

—Padre, ya domino el latín y gracias a lo que tú me has enseñado desde muy pequeño tengo suficientes conocimientos como para acabar mis estudios sobre medicina en tres años, pero he decidido estudiar... astrología.

—¡Cómo! —se sorprendió Pablo.

—En Salamanca no se presta demasiada atención a esta disciplina. En esta universidad solo interesan la teología y el derecho. Y, además, la mayoría de los tres mil alumnos son

de condición eclesiástica, de manera que hay serios recelos hacia esta materia.

—Tu abuelo Pedro, tu bisabuelo Mosés —Pablo Losantos utilizó el nombre hebreo de su abuelo, bautizado como Pablo—, tu tatarabuelo David y así hasta que hay memoria de nuestra familia en Toledo, han sido médicos; yo soy médico, tú deberías ser médico.

—Tu hermano Juan fue armero —dijo Luis recordando a su tío, juzgado por la Inquisición y ejecutado en Toledo por su homosexualidad y por ser culpable de prácticas sexuales contra natura.

—Juan era un hombre... distinto.

—Padre, quiero estudiar astrología.

—Hijo mío, esa disciplina está comenzando a ser mal vista por la Iglesia.

—Pero si los reyes, los nobles e, incluso, los papas y los obispos consultan a los astrólogos antes de tomar sus decisiones. Tú mismo me dijiste que el abuelo Pedro te contó cómo el rey Fernando el Católico pedía informes a astrólogos, como el célebre Basurto.

—Así era antes. Pero desde que ese monje alemán, Lutero se llama, puso patas arriba todos los postulados de la Iglesia de Roma, los papas andan reprimiendo cualquier idea que se salga del estricto dogma. Autores como Erasmo de Rotterdam, tan leído y admirado hace diez o veinte años, ahora son cuestionados. Aunque murió hace tres años y ya nada pueden hacer contra él, no me extrañaría que quienes hoy gobiernan en el Vaticano condenen sus libros, los prohíban e incluso den la orden de quemarlos.

—¡Erasmo era un sabio!

—Eso nada les importa a los cardenales que ahora mandan en la curia romana. Están asustados ante la magnitud de la Reforma y la pérdida de poder en buena parte de la cristiandad. La Iglesia de Inglaterra ya no obedece al papa, pues su rey Enrique se ha proclamado cabeza de su propia Iglesia, y media Alemania y buena parte de los lejanos paí-

ses del norte de Europa han aceptado las tesis de Lutero; se proclaman reformistas y abominan del papa. El pasado mes de abril ni siquiera el emperador fue capaz de imponer en Alemania las tesis de los católicos y se vio obligado a llegar a un acuerdo por el cual reconoció la igualdad entre la liga católica y la reformista. Imagínate la fuerza que han tomado. Pero Roma no va a consentir que lo que llaman ya «herejía protestante» se extienda hacia el sur, por Francia, Italia y España, pues en ese caso quienes gobiernan el Vaticano perderían todo su poder y esos cardenales, que ahora nadan en los mayores lujos y opulencias, dejarían de vivir como los más ricos de los príncipes. No, no lo consentirán.

—Nada me importan esos cardenales viciosos y corruptos. Quiero estudiar astrología, padre. Quiero conocer las estrellas, las constelaciones, el cielo... Y eso solo puedo hacerlo en París. Deseo ir a esa ciudad este mismo año. El título de Salamanca y el ser hijo de un médico del emperador me abrirá las puertas de esa universidad. Y, si se trata de dinero..., yo trabajaré en lo que sea para pagarme los estudios y...

—No. Tengo dinero suficiente para correr con tus gastos en París, pero lo que no quiero es que te metas en problemas por estudiar una disciplina que la Iglesia está a punto de condenar. Ya hemos tenido bastante con un ejecutado en la familia.

—El tío Juan vivió como le dictó su conciencia. Siempre me dijiste que fue un buen hombre.

—Claro que lo fue.

—Entonces, ¿su muerte fue en vano? ¿Su valentía ante la vida no sirvió para nada? ¿Su muerte quedará en el vacío? ¿Su recuerdo, en el olvido?

Pablo Losantos miró a los ojos a su hijo y se vio él mismo, treinta años atrás, cuando debatía con su propio padre asuntos semejantes. Y cedió.

—De acuerdo. Le pediré al emperador que te conceda licencia para ir a París; pero dirás que quieres estudiar me-

dicina. Una vez allí, haz lo que estimes oportuno.

—El curso comienza en septiembre.

—Tendrás que darte prisa en preparar todo lo necesario. Hay un colegio en París donde podrías alojarte, el de Montaigu, al que también llaman el de los Lombardos. Es uno de los más baratos; no puedo pagarte uno mejor.

—Gracias, padre, gracias.

—Mañana a primera hora del día se celebra la primera de las misas por tu madre. He dejado pagadas doce, una cada mes durante un año, al párroco del Salvador. No faltes.

### *Madrid, mediados de julio de 1539*

Convencido por los argumentos del cardenal Tavera y del secretario Francisco de los Cobos, el emperador abandonó el convento de San Jerónimo y decidió que era tiempo de retomar el gobierno de sus Estados.

Antes de dejar Toledo para dirigirse a Madrid ordenó que se guardaran dos años de luto oficial por la muerte de la emperatriz y que se cumplieran de manera especial en la casa de su hijo el príncipe Felipe, a cuyo frente como mayordomo nombró a Juan de Zúñiga.

Sabía que su obligación era ocuparse de los despachos que se amontonaban sobre la mesa de trabajo de la cancillería, pero no podía quitarse de la cabeza el atormentador recuerdo de la muerte de su esposa y la idea de que no volvería a verla jamás; si acaso en la otra vida.

Andaba ya a unas pocas millas de Madrid cuando decidió pernoctar en una casa de campo propiedad de uno de sus consejeros. Las semanas pasadas en la soledad del monasterio le habían dejado huella y no quería volver todavía a encontrarse con demasiada gente. No es que se hubiera acostumbrado a la soledad, pero tampoco le apetecía salu-